

inspirándole la mayor indignación; pero que ahora observa, según el debate, que Philippeaux ha alterado la verdad (cosa que comenzaba á traslucirse por todas partes), y que retracta sus elogios, declarando no tener ya ninguna opinión sobre este punto.

Robespierre, tomando una vez más la palabra respecto á Camilo, repite lo que ya había dicho de él: que su carácter es excelente; pero que por más conocido que fuese, no le daba derecho para escribir contra los patriotas; que sus escritos, leídos con afán por los aristócratas, eran su delicia, hallándose distribuidos en todos los departamentos; que ha traducido á Tácito sin entenderle; que se le debía tratar como un niño aturdido que ha tocado armas peligrosas, haciendo de ellas un uso funesto; que se le debe aconsejar que se aleje de los aristócratas y de las malas compañías que le pervierten; y que al dispensarle, se debían quemar sus números.—Camilo, olvidando entonces las consideraciones que era preciso guardar con el orgulloso Robespierre, exclama desde su asiento: «Quemar no es contestar.»—«¡Pues bien!, replica Robespierre irritado, que no se quemé, pero que se conteste; léanse en el acto los números de Camilo. Puesto que así lo quiere, cíbrase de ignominia, ya que la sociedad no contenga su indignación, y que se obstina en sostener sus diatribas y sus principios peligrosos. El hombre que tiene tanto apego á pérfidos escritos, se halla tal vez más que alucinado; si obrara de buena fe, si hubiera escrito con la sencillez de su corazón, no habría osado sostener más tiempo obras proscritas por los patriotas y buscadas por los contrarrevolucionarios. Su valor es prestado, y revela los hombres ocultos que han dictado su periódico; descubre que Desmoulins es el órgano de una facción malvada, que ha comprado su pluma para destilar su veneno con más audacia y seguridad.» En vano quiere Camilo pedir la palabra para calmar á Robespierre; se rehusa escucharle y se pasa en el acto á la lectura de sus diarios; por muchas consideraciones que los individuos quieran guardar entre sí en las contiendas de partido, es difícil que el amor propio no se resentiera muy pronto. Con la susceptibilidad de Robespierre y el ingenuo aturdimiento de Camilo, la división de opiniones debía trocarse bien pronto en una división de amor propio y de odio. Robespierre despreciaba demasiado á Hebert y á los suyos para indisponerse con ellos; pero sí podía hacerlo con un escritor tan célebre en la revolución como Camilo Desmoulins; y éste no tuvo bastante maña para evitar un rompimiento.

La lectura de los números de Camilo ocupa dos sesiones enteras: después se pasa á Fabre; se le interroga, y se quiere obligarle á decir qué parte tuvo en los escritos recientemente circulados. Contesta que no había de él una coma, y que en cuanto á Philippeaux y Bourdón de l'Oise, puede asegurar que no los conoce. Se quiere tomar al fin una determinación respecto á los cuatro individuos denunciados: Robespierre, aunque dispuesto ya á no tener consideraciones con Camilo, propone dejar en aquel punto el debate, y pasar á otra cuestión más grave, más digna de la sociedad y más útil al espíritu público, cual es la de saber los vicios y los crímenes del gobierno inglés. «Este gobierno atroz, dice, oculta bajo algunas apariencias de libertad un principio de tiranía y de maquiavelismo infernal; es preciso

denunciarle á su propio pueblo, y contestar á sus calumnias demostrando sus vicios de organización y sus maldades.» Los jacobinos deseaban realmente tratar este punto, que ofrecía tan ancho campo á su imaginación acusadora; pero algunos de ellos querían antes de todo expulsar á Philippeaux, Camilo, Bourdón y Fabre; y hasta una voz acusa á Robespierre de arrogarse una especie de dictadura. «Mi dictadura, exclama, es la de Marat y de Lepelletier, y consiste en exponerme todos los días al puñal de los tiranos; pero ya estoy harto de las disputas que diariamente se elevan en el seno de la sociedad, y que no conducen á ningún resultado útil. Nuestros verdaderos enemigos son los extranjeros; á ellos es á quien se debe perseguir, descubriendo sus tramas.» Robespierre renueva por lo tanto su proposición, y consigué se decida, en medio de los aplausos, que la sociedad, dejando á un lado las disputas suscitadas entre los individuos, se ocupará en las siguientes sesiones de discutir sin interrupción los vicios del gobierno inglés.

Esto era distraer oportunamente la inquieta imaginación de los jacobinos, fijándola en una presa que podía ocuparles largo tiempo. Philippeaux se había retirado ya sin esperar la decisión; Camilo y Bourdón no quedaron expulsados ni confirmados; no se habló más del asunto, y contentáronse con no volver á presentarse en la sociedad. En cuanto á Fabre d'Eglantine, aunque Chabot le hubiese justificado completamente, los hechos que llegaban cada día á conocimiento del comité de seguridad general no permitieron dudar ya de su complicidad; y fué preciso expedir contra él una orden de prisión, comprendiendo en ella á Chabot, Bazire, Delaunay y Julián de Tolosa.

De todas estas discusiones quedaba una impresión desventajosa para los nuevos moderados, entre quienes no había ninguna especie de acuerdo. Philippeaux, casi girondino en otro tiempo, no conocía á Camilo, ni á Fabre, ni á Bourdón; sólo Camilo se hallaba bastante relacionado con Fabre; y en cuanto á Bourdón, no era conocido de los otros tres; pero se imaginó desde entonces que existía una facción secreta, de la cual eran cómplices, ó que les engañaba. La ligereza de carácter, los gustos epicúreos de Camilo, dos ó tres comidas en que tomó parte con ricos hacendistas de la época, la complicidad de Fabre con los agiotistas, reconocida ya, y su reciente opulencia, hicieron suponer que se relacionaban con la supuesta facción corruptora. Aun no se atrevían á designar á Dantón como jefe; pero si no se le acusaba públicamente, si Hebert en su periódico, y los franciscanos en su tribuna, guardaban consideraciones con este poderoso revolucionario, decíanse entre sí lo que no osaban publicar. El hombre más perjudicial al partido era Lacroix, cuyas concusiones en Bélgica estaban tan demostradas, que se le podían imputar muy bien sin ser acusado de calumnia, y sin que se atreviese á responder. Asociábanle con los moderados, por su intimidad antigua con Dantón, y hacían participar á todos de su ignominia.

Resentidos los franciscanos de que los jacobinos hubiesen pasado al orden del día sobre los delatados, declararon: 1.º, que Philippeaux era un calumniador; 2.º, que Bourdón, acusador encarnizado de Ronsin, de Vincent y de la secretaría de la guerra, había perdido

su confianza, y era para ellos cómplice de Philippeaux; 3.º, que Fabre, participando de los sentimientos de Bourdón y de Philippeaux, no era sino un intrigante más diestro; y 4.º, que Camilo, excluido ya de sus filas, había perdido también su confianza, aunque antes hubiese prestado grandes servicios á la revolución.

Después de haber tenido presos algún tiempo á Ronsin y á Vincent, se les puso en libertad, no pudiendo encausarles por motivo alguno.

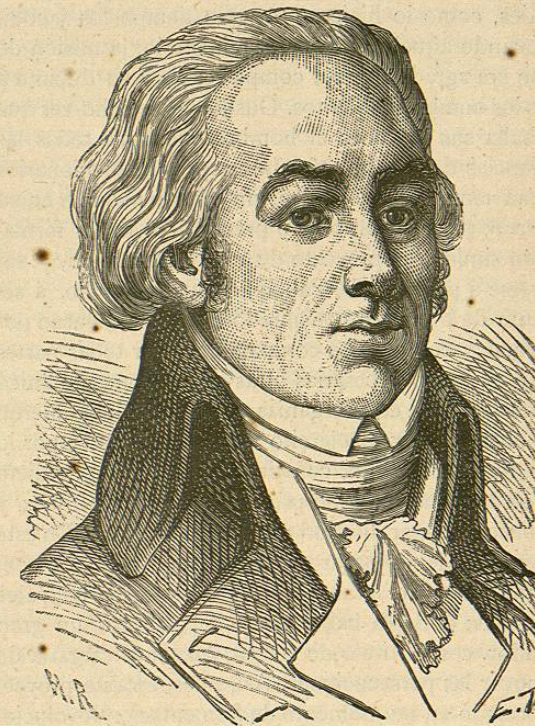
No era posible perseguir á Ronsin á consecuencia de su conducta en la Vendée, porque los acontecimientos de esta guerra quedaban encubiertos bajo un espeso velo, ni tampoco por lo que hizo en Lyon, porque era suscitar una cuestión peligrosa, acusando al mismo tiempo á Collot d'Herbois, y á todo el sistema actual de gobierno. Del mismo modo era imposible perseguir á Vincent por algunos actos despóticos en las oficinas de la guerra. Lo más que se podía hacer era instruir á uno y á otro un proceso político, y no había llegado el momento de intentar contra ellos semejante cosa. Pusieronles, pues, en libertad, con gran alegría de los franciscanos y de todos los *charreteros* del ejército revolucionario.

Vincent era un joven de poco más de veinte años, en extremo frenético, cuyo fanatismo degeneraba en enfermedad, y en quien había más enajenación de espíritu que ambición personal.

Un día, como le refriese su mujer, que solía ir á verle á la cárcel, lo que estaba pasando, indignóse con su relación, y precipitándose sobre su ración de carne cruda, comenzó á comérsela diciendo: «Así quisiera yo devorar á todos los malvados.» Ronsin, alternativamente folletista, proveedor y general, reunía á una gran inteligencia un valor notable y una gran actividad. Naturalmente arrebatado y ambicioso, era el más distinguido de cuantos aventureros se habían ofrecido para ser instrumentos del nuevo gobierno. Caudillo del ejército revolucionario, procuraba sacar partido de su posición, ya para sí, ya para el triunfo de su sistema. Estando juntos Vincent y él en la prisión del Luxemburgo, hablaban siempre en tono de dominadores, diciendo de continuo que triunfarían de la intriga, que saldrían con el auxilio de sus partidarios, que entonces volverían para soltar á los patriotas encerrados, y enviar á todos los demás presos á la guillotina. Habían estado atormentando á los desgraciados detenidos con ellos, y los dejaron llenos de espanto.

No bien se vieron en libertad, dijeron con soberbia que se vengarían, y que muy pronto se desharían de sus enemigos. No podía el comité de salvación pública tenerlos más tiempo en la prisión; pero bien pronto conoció que había desencadenado á unas fieras, y que era muy urgente ponerlos en la imposibilidad de hacer daño. Quedaban en París cuatro mil hombres del ejército revolucionario, entre los cuales había aventureros, salteadores y setembristas, que tomaban la máscara del patriotismo, y preferían saquear por el interior á ir á las fronteras á pasar una vida pobre, dura y peligrosa. Estos tiranuelos con sus grandes bigotes y sus espaldones arrastrando, ejercían por todos los sitios públicos el más intolerable despotismo, y como tenían artillería, municiones y un jefe emprendedor, podían hacerse muy peligrosos. Estaban también reunidos con ellos los intri-

gantes que Vincent había colocado en las oficinas de la guerra, de suerte que éste era su corifeo civil, y Ronsin el militar. Conservaban relaciones en el Ayuntamiento por medio de Hebert, substituto de Chaumette, y por el corregidor Pache, siempre dispuesto para recibir en su casa todos los partidos y para acariciar á todos los hombres temibles. Momoro, uno de los presidentes de los franciscanos, era su fiel partidario y su abogado en los jacobinos. Así es que se ponían en la misma línea Ronsin, Vincent, Hebert, Chaumette y Momoro, añadiendo en la lista á Pache y á Bouchotte, como complacien-



Bazire

tes que les dejaban usurpar dos grandes autoridades.

Va estos hombres no se contenían en sus discursos contra los representantes, que según ellos intentaban eternizarse en el poder é indultar á los aristócratas. Un día comiendo con Pache, hallaron á Legendre, amigo de Dantón, antes imitador de su vehemencia, y ya de su reserva, y víctima de aquella imitación, porque sufría los ataques que no se atrevían á dirigir contra el mismo Dantón. Empezaron Ronsin y Vincent á hablarle irónicamente, y éste, que había sido su camarada, lo abrazó diciéndole que saludaba al antiguo y no al nuevo Legendre, porque el nuevo Legendre se había vuelto un moderado, y no era acreedor á su estimación. Vincent le preguntó luego en el mismo tono si en sus comisiones había hecho uso del traje de diputado. Contestóle Legendre que le llevaba en los ejércitos, y replicó Vincent que aquel traje era demasiado pomposo, é indigno de los verdaderos republicanos; que con él vestiría á un maniquí; que llamaría al pueblo y diría: «¡Ved aquí á los representantes que habéis elegido! ¡Os predicán la igualdad y se engalanan con plumas y oro!» y después añadió que prendería fuego al maniquí. Legendre le trató entonces de loco y de sedicioso, y estuvieron á punto de llegar á las manos, con gran temor de Pache. Legendre se dirigió á Ronsin, que parecía más mode-

rado, y habiéndole instado para que se entregase á Vincent, contestó que su amigo era á la verdad fogoso, pero que su carácter convenía á las circunstancias y que se requerían tales hombres para el tiempo en que vivían. «Tenéis, añadió Ronsin, una facción en el seno mismo de la Asamblea, y si no la arrojárís de allí, desgraciados de vosotros!» Salió indignado Legendre, y repitió cuanto hubo visto y oído durante la comida: de manera que la conversación se hizo pública y dió una nueva idea de la audacia y del frenesí de los hombres que acababan de ponerse en libertad.

Manifestaban un profundo respeto á Pache y sus virtudes, como lo hicieron en otro tiempo los jacobinos cuando aquél estaba en el ministerio; la misión de Pache era agrandar por su complacencia y su dulzura á todos los hombres violentos. Gustábalos mucho ver que aprobaba sus pasiones el hombre que tenía todas las apariencias de la sabiduría. Los nuevos revolucionarios querían tener, según decían, un gran personaje en su gobierno, pues sin un objeto preciso, sin haber formado aún siquiera el proyecto de una insurrección, y sin atreverse á promoverla, hablaban mucho de ello, á semejanza de todos los conspiradores que comienzan por ensayarse y enardecerse con palabras. Por todas partes decían que eran necesarias otras instituciones: lo único que les agradaba en la organización actual del gobierno eran el tribunal y el ejército revolucionarios; y por lo tanto imaginaban una constitución que comprendiera sólo un tribunal supremo presidido por un gran juez, y un consejo militar dirigido por un generalísimo. En este gobierno se debía juzgar y administrar militarmente; el generalísimo y el gran juez eran los dos principales personajes; y debía haber cerca del tribunal un gran acusador, con el título de censor, que se encargaría de promover las persecuciones. Así, pues, en este proyecto, formado en un momento de fermentación revolucionaria, las dos funciones esenciales, únicas, consistían en condenar y en batirse. Ignórase si este proyecto era producto de un delirio ó de un sueño; si pasaba de ser sencillamente un propósito, ó si fué redactado; pero lo cierto es que tenía su modelo en las comisiones revolucionarias establecidas en Lyon, Marsella, Tolón, Burdeos y Nantes, y que poseídos de lo que habían hecho en aquellas grandes ciudades, estos terribles ejecutores querían gobernar por el mismo sistema toda Francia, constituyendo la violencia de un día en tipo de un gobierno permanente. No designaban todavía más que uno de los grandes personajes destinados á ocupar tan elevados puestos: Pache convenía perfectamente para el cargo de gran juez; los conjurados decían que debía serlo, y que lo sería, y sin conocer aquel proyecto ni aquella dignidad de que se les hablaba, muchos repetían como una noticia: «Pache será nombrado gran juez.» Este rumor circulaba sin que se explicase ni comprendiese. En cuanto á la dignidad de generalísimo, Ronsin, aunque general del ejército revolucionario, no osaba pretender á ella, ni los hombres de su partido se atrevían á proponerle, porque se necesitaba un nombre mucho más grande para semejante dignidad. Algunos designaban también á Chaumette como censor; pero rara vez se había pronunciado su nombre. Entre estos rumores, sólo uno había circulado formalmente, y era el de que *Pache sería gran juez.*

Durante toda la revolución, cuando las pasiones de un partido, largo tiempo excitadas, estaban próximas á estallar, siempre era una derrota, una traición, una escasez, una calamidad, en fin, la que les servía de pretexto para romper, y lo mismo sucedió en este caso. Habíase publicado ya la segunda ley del máximo, que remontando sobre las tiendas, fijaba el valor de los objetos en el lugar de la fabricación, y determinaba el precio de transporte, regulando el beneficio del traficante al por mayor con el del que vendía al por menor; pero el comercio eludía aún de mil maneras el despotismo de la ley, escapando sobre todo por el medio más desastoso; por la paralización. La ocultación de la mercancía no era menor que antes; si no se rehusaba darla al precio del asignado, en cambio no se dejaba ver, no circulaba ni se trasladaba á los puntos de consumo. La escasez era, pues, muy grande á causa de la paralización general del comercio; pero merced á los esfuerzos extraordinarios del gobierno, y á los cuidados de la comisión de subsistencias, consiguióse hasta cierto punto que no faltaran demasiado los trigos, y que disminuyera sobre todo la alarma que produce la escasez, tan temible como la escasez misma, á causa del desorden y de la perturbación que ocasiona en las relaciones comerciales. No obstante, comenzaba á dejarse sentir una nueva calamidad, y era la falta de carne. Las numerosas reses que la Vendée enviaba en otro tiempo á las provincias inmediatas no llegaban ya desde la insurrección; los departamentos del Rin habían dejado de enviar también desde que se declaró allí la guerra, de modo que había una verdadera disminución en la cantidad. Además de esto, los carniceros compraban las reses muy caras, y obligados á venderlas al máximo, trataban de eludir la ley; la carne buena se reservaba para el rico ó para el ciudadano acomodado que la pagaba bien. Establecíanse una infinidad de mercados clandestinos, sobre todo en los alrededores de París y en los campos, y sólo quedaban los restos para el pueblo ó el comprador que se presentaba en las tiendas, para comprar al precio del máximo. Los carniceros buscaban en la mala calidad del género una compensación al bajo precio á que se veían obligados á venderle. El pueblo se quejaba furioso del peso, de la calidad y de los mercados clandestinos establecidos alrededor de París. A falta de bueyes se hacía preciso matar las vacas preñadas; el pueblo dijo al punto que los carniceros aristócratas trataban de destruir la especie, y se pidió la pena de muerte contra los que mataban vacas ú ovejas en tal estado. No era esto todo: las legumbres, la fruta, los huevos, la manteca y el pescado no llegaban ya á los mercados, y una col costaba hasta cuatro reales. Se salía á los caminos para ir al encuentro de las carretas, rodeábanlas y se compraba á cualquier precio la carga, por manera que llegaba muy poco á París, donde el pueblo esperaba en vano. Cuando se trata de hacer alguna cosa, bien pronto se encuentra gente que se encarga de ello: tratábase de recorrer los campos para adelantarse en los caminos á los hortelanos que llevaban legumbres; muchos hombres y mujeres se encargaron de ello, y compraban los comestibles por cuenta de las personas acomodadas, pagándolos á más del precio fijado. Si se establecía algún mercado mejor provisto que los otros, estos agentes corrían á él al punto y se llevaban todos los comestibles

á un precio superior al de la tasa. El pueblo se desencadenaba violentamente con los que ejercían aquella industria; y decíase que entre ellos había muchas infelices mujeres públicas, á quienes las persecuciones de Chaumette habían obligado á renunciar á su deplorable género de vida, y que para subsistir hubieron de consagrarse á este nuevo oficio.

Con el fin de precaver todos estos inconvenientes, había acordado el Ayuntamiento, por repetidas instancias de las secciones, que no pudiesen los carniceros salir al encuentro de los rebaños ni ir más allá de los mercados ordinarios; que no pudiesen matar sino en los rastros ó mataderos autorizados; que la carne no se pudiera comprar sino en las tablas; que no fuese lícito ir por las carreteras en busca de los labradores; que cuantos llegasen se debían dirigir por la policía, repartiéndolos igualmente entre los diferentes mercados, y que no se pudiera ir á ponerse en fila á las puertas de las carnicerías antes de las seis, porque frecuentemente madrugaban á las tres con este intento.

Semejantes reglamentos no podían evitar al pueblo los males que sufría, por más que los ultrarrevolucionarios se esforzasen en inventar recursos. Ocurrióles últimamente proponer que todos los jardines de recreo, que tanto abundan en los arrabales de París, y particularmente en el de San Germán, se debían poner en cultivo, y el Ayuntamiento, que nada sabía rehusarles, al instante mandó que se formara una lista de aquellos jardines y que sin demora se sembrasen patatas y hortalizas. Además dieron por supuesto que si las legumbres, la leche y las aves no llegaban ya á la ciudad, era porque los aristócratas se empeñaban en vivir en sus casas de los alrededores; y en efecto, había muchos que asustados de lo que á cada instante ocurría en la capital, se ocultaban en sus posesiones del campo. Acudieron varias secciones á proponer al Ayuntamiento que diese un decreto ó pidiese una ley para hacerlos volver. Sin embargo, comprendiendo Chaumette que esto sería una violación demasiado odiosa de la libertad individual, contentóse con pronunciar un discurso amenazador contra los aristócratas retirados alrededor de París; dirigióles sólo una invitación para que volvierán á la ciudad, y trasladó á los Ayuntamientos de los pueblos inmediatos un aviso para que los vigilase.

Sin embargo, la impaciencia del mal llegaba á su colmo, y el desorden iba en aumento en los mercados, promoviéndose tumultos á cada momento. Formábase fila á la puerta de las carnicerías; y á pesar de la prohibición de ir antes de cierta hora, observábase siempre el mismo afán en adelantarse. Habíase adoptado allí una costumbre nacida á la puerta de los panaderos, la cual consistía en atar una cuerda á la tienda, que cada uno tenía que ir agarrando para conservar su puesto. Pero aquí sucedía, como en las tahonas, que algunos malévolos ó mal situados cortaban la cuerda, y entonces se confundían las filas, introduciéndose el desorden en la multitud que estaba esperando, y faltaba poco para llegar á las manos.

Ya no se sabía á quién echar la culpa, porque no se podía, como el 31 de mayo, quejarse de que la Convención rehusaba la ley del máximo, objeto de tantas esperanzas, puesto que todo lo concedía, y así, no teniendo ya que pedir, no se solicitaba nada. Sin embargo, era

menester quejarse, y los charreteristas, los subalternos de Bouchotte y los franciscanos, decían que la causa de la carestía estaba en la facción moderada de la Convención; que Camilo Desmoulins, Philippeaux, Bourdón de l'Oise y sus amigos eran los causantes de los males que se padecían; que de aquella manera no era posible existir; que había que recurrir á medios extraordinarios, añadiendo la expresión tan antigua en todas las insurrecciones: *es necesario un jefe*, y entonces se decían misteriosamente al oído: *Pache será nombrado gran juez.*

Sin embargo, aunque el nuevo partido dispusiese de medios bastante considerables, y aunque tuviese de su parte al ejército revolucionario y á la escasez, faltábale el gobierno y la opinión; porque los jacobinos le estaban contrapuestos. Ronsin, Vincent y Hebert tenían que guardar á las autoridades establecidas un respeto aparente, ocultar sus proyectos y adoptarlos á escondidas. En la época del 10 de agosto y del 31 de mayo, los conspiradores, dueños del Ayuntamiento, de los franciscanos, de los jacobinos y de todos los clubs; teniendo en la Asamblea Nacional y en los comités numerosos y enérgicos partidarios; atreviéndose á conspirar á las claras, podían arrastrar públicamente al pueblo tras sí, y servirse de las masas para la ejecución de sus proyectos; pero no sucedía lo mismo con el partido de los ultrarrevolucionarios.

La autoridad existente no rehusaba ninguno de los medios extraordinarios de defensa ni aun de venganza; las traiciones no se imputaban ya á su escasa vigilancia; al contrario, las victorias conseguidas en todas las fronteras acreditaban su fuerza, su destreza y su celo. Por consiguiente, cuantos atacaban á esta autoridad, ó prometían más inteligencia ó energía, eran intrigantes que procedían evidentemente con miras interesadas ó de desorden. Tal era el público convencimiento; y los conjurados no podían lisonjearse de arrastrar al pueblo consigo; así, pues, aunque temibles dejándolos obrar, lo eran poco si á tiempo se les atajaba.

El comité los observaba, y por medio de una serie de informes seguía desconceptuando á los dos partidos opuestos. Veía en los ultrarrevolucionarios verdaderos conspiradores que había que destruir; y al contrario, en los moderados notaba antiguos amigos que participaban de sus opiniones, y cuyo patriotismo no podía ser sospechoso. Pero para acreditar que no flaqueaba castigando á los ultrarrevolucionarios, tenía que condenar á los moderados y acudir incesantemente al terror. Estos últimos querían contestar; Camilo escribía nuevos números; Dantón y sus amigos combatían en sus discursos las razones del comité, y desde entonces se emprendió una lucha de palabras y de escritos. Como era de esperar, agrióse la cuestión, y Saint-Just, Robespierre, Barrère y Billaud, que al principio habían rechazado solamente á los moderados por política y para fortalecerse contra los ultrarrevolucionarios, principiaban á perseguirlos por enfado y odio personal. Como hemos visto anteriormente, Camilo había atacado ya á Collot y á Barrère, y en su carta á Dillón, había lanzado contra el fanatismo dogmático de Saint-Just y la monaca dureza de Billaud algunos sarcasmos que les ofendieron profundamente; había, en fin, irritado á Robespierre en los jacobinos, y, ensalzándolo demasiado, concluyó porque se indispusiese con él absolutamente. Dantón desagra-